

mas ¿qué le importaba que el infortunio se cebara en él, si tenía á su lado á su hija, á su adorada Amelia?

Flor del Valle la llamaban las gentes y en verdad que el sobrenombre era apropiado á la hermosura y delicadeza de la joven. Sencilla, candorosa, amable, de bondadoso corazón hacíase querer de cuantos la conocían y era el encanto y sostén de su honrado padre.

Larga, interminable era la cadena de pesares que arrastraba el infeliz ciego, pero al sentir los brazos de su Amelia rodearse á su cuello y sus virginales labios posarse amorosos sobre su frente arrugada, daba al olvido sus desgracias y, llena el alma de placer, se creía el más dichoso de los mortales.

Mas ¡ah! que el *demonio* de la desgracia es insaciable y el honrado ciego debía apurar aún hasta las heces la copa del sufrimiento.

Como el milano á la paloma, como el lobo al cordero, acechaba el vicio la ocasión de hacer presa en la inocencia, y de igual modo que la flor del prado se marchita bajo la pisada del toco bucy, la más delicada de las flores, la *Flor del Valle*, perdía su fragancia y caía sin frescura en las redes tendidas por un hombre libertino que ni aun respeto tenía para la inmensa desgracia de un anciano desvalido y ciego.

¡Desgraciado padre! El mundo no era capaz de hacerle recuperar la vista, ni de devolverle sus bienes, ni siquiera de mitigarle sus penas, pero ese mundo á quien nada tenía que agradecer, sin entrañas ni conciencia, apresuróse á notificarle que su honradez sin tacha se hallaba en el fango revuelta con la virtud de su hija.

—Padre, lo amo—decía Amelia—lo amo apesar de todo.

—¿No ves que tus palabras me matan?

—Su amor, padre, llena mi alma.

—Dejarás de amarlo, lo olvidarás, yo lo exijo.

—¡Imposible!

Y el anciano trémulo, descompuesto por la ira, en las garras de la más negra desesperación.

—¡Loba, loba, como los lobos te veas!—dijo, y cayó desvanecido.

Por aquel tiempo tantas fueron las víctimas que en el Bierzo ocasionaron los lobos, que la Guardia Civil y fuerzas de infantería destacadas de la guarnición de Lugo hubieron de dedicarse á la caza de los feroces animales, mas con todo y en el interior mismo de los pueblos, los niños eran arrebatados de sus casas, y en las calles y huertos hallaron algunas personas la muerte.

Madre hubo que afirmó que su hijo solo había

llevado una mujer, y mudo á esto el cuidado y esmero con que aparecían colocadas las ropas al lado de las desnudas víctimas (una de ellas hermana de mi madre), fué lo suficiente para que los sencillos lugareños creyeran que el lobo, pues ninguno se veía ya por los contornos, era la desaparecida Amelia, la hija maldita del infortunado ciego. Tanto se extendió esta creencia y tantos eran los que en ella se afirmaban, que la Justicia, temerosa de que en el fondo de todo ello palpitaran terribles dramas, tomó cartas en el asunto, sin conseguir averiguar siquiera el paradero de la joven desaparecida.

Los padres, tarde ó temprano, perdonan siempre. Un día en que sentado á la puerta de su casa se quejaba el ciegucecito de su mala suerte ante unos vecinos, notó que éstos á las voces de *¡la loba á loba da fada!* (1) huían apresuradamente. También él trató de refugiarse en el interior de su casa, pero un desgarrador *¡padre mío!*, pronunciado casi á sus pies, hizole permanecer como clavado en el dintel de la puerta. *¡A loba!* repetía la gente; *¡padre, perdón!* repitió la voz, y aquel buen padre, recibiendo amorosamente en sus brazos á la infortunada Amelia, perdonó también.

Han pasado bastantes años después de los sucesos que acabo de relatar, pero aun recuerdo que apesar de que el Juzgado intervino por segunda vez en ellos, deteniendo á Amelia, tomando declaración á muchas personas y poniendo por fin en libertad á la detenida contra quien no encontró prueba alguna de delito, el día en que fué puesta en libertad, yo, que era un niño, acompañado de mis hermanitos y algunos primos, también de corta edad, esperamos á la puerta de la cárcel á la infeliz Amelia y al verla salir comenzamos á descargar sobre ella una verdadera lluvia de piedras obligándola á retroceder al interior de la prisión.

¡Pobre mujer! Los niños la acusaban también como los hombres.

A. Beberide.



MODERNISTA

Ay que primorosa
y esbelta chiquilla
es una muchacha

(1) *Fada*: maldición, castigo.